

San Bernabé



11 de junio de 2024

Hech 11, 21-26; 13, 1-3

Sal 97

Mt 5, 13-16

P. Eduardo Suanzes, msp

En los primeros tiempos de los Hechos de los Apóstoles la Iglesia aparecía como una mera secta del judaísmo. La Iglesia era, hasta entonces, judeocristiana. Pero poco a poco el evangelio tuvo un gran éxito entre los «griegos» de Antioquía, una ciudad que está al norte, fuera de Palestina, frente a Chipre y junto a Turquía. El Espíritu Santo actuaba con fuerza entre los que se decidían predicar a los paganos hasta que se formó en el mundo la primera comunidad etnicocristiana. Empieza una Iglesia que ya no aparece, como hasta ahora, a manera de secta del judaísmo. Nada tiene que ver esa gente con los judíos¹.

Era de esperar, por tanto, que esta evolución llamara la atención a los dirigentes de la Iglesia de Jerusalén, porque esta comunidad se sentía responsable de lo que pasara en el campo de la misión cristiana, preocupados porque la unidad de la fe no se desbaratara, y era algo inaudito lo que las noticias que llegaban de Antioquía revelaban; no eran judíos los que abrazaban la fe, sino ¡griegos! Por eso «*enviaron a Bernabé a Antioquía*».

Cuando Bernabé vio con alegría lo que el Espíritu Santo había hecho con esos «griegos», se acordó de Saulo. ¿Dónde está Saulo? Saulo tuvo que abandonar Jerusalén como un fugitivo después de su primer encuentro con la comunidad. Entonces los «hermanos» lo encaminaron a Tarso². No sabemos exactamente el número de años, que han pasado desde entonces. El caso es que todos ya se olvidaron de él. Quizás incluso se alegraban de que estuviera lejos, como fácilmente sucede cuando un grupo tradicional se ve inquietado por naturalezas demasiado apremiantes y fogosas como la de Saulo. Todos se habían olvidado, menos Bernabé, que inmediatamente fue en su busca.

Ya de vuelta, Bernabé y Saulo ejercieron su ministerio en Antioquía «*durante un año entero*». La comunidad creció bajo la acción de su apostolado. Pero este crecimiento y el afianzamiento de la vida eclesial no fueron los únicos frutos cosechados. Para estos dos grandes amigos, Saulo y Bernabé, fue un año de maduración de sus conocimientos y de sus ideas, que utilizarían pronto, cuando emprendieran una misión evangelizadora en gran escala entre los paganos. Era la gran misión que el Señor les tenía preparada en el primer viaje de Saulo que estaría por comenzar en breve.

No sabemos si el nombre de «*cristianos*» provino de los que no pertenecían a la Iglesia o si los mismos fieles se dieron este nombre, que se convirtió en el símbolo, en la expresión de la fe en que la salvación de los hombres solamente se encuentra en Cristo Jesús. Tenemos noticia del gran respeto que la antigua Iglesia tenía a este nombre, por la primera carta de san Pedro, en la que

¹ Cfr. JOSEF KÜRZINGER. *Los Hechos de los Apóstoles*. T. I y II. Ed. Herder. Barcelona, 1974

² Cfr. Hech 9,23-30

se dice: « *si alguno de ustedes sufre porque es cristiano, no se avergüence, sino dé gloria a Dios por este nombre*»³.

El relato de Lucas nos recuerda claramente el misterio del Espíritu de Dios que sostiene y mueve a la comunidad, a pesar de todo. Un objetivo especial de los Hechos de los apóstoles, de Lucas, es el de subrayar esta raíz de la vida de la Iglesia. Y es que la Iglesia primitiva es inconcebible sin la presencia de este Espíritu. Y asistimos a cómo el Espíritu se manifiesta a la comunidad congregada en la oración litúrgica. Y es cuando Bernabé y Saulo reciben la instrucción decisiva para la obra para la que los ha destinado el Espíritu: es el primer viaje por tierras de lo que ahora es Turquía. Es de interés darnos cuenta cómo el relato nos sitúa en la idea de que la misión que van a realizar no es el fruto de un interés personal de los dos amigos; no se debe ni a la iniciativa de uno ni de otro, algo que ellos hubieran trazado o planeado: obedece a una consigna de la Iglesia guiada por el Espíritu.

A modo de conclusión. Saulo y Bernabé fueron grandes amigos. Cuando el primero volvió a Jerusalén después de su experiencia en el camino de Damasco, su valedor y defensor ante la comunidad fue Bernabé. Sin embargo, Saulo fue invitado amablemente a desterrarse a su tierra natal, a Tarso. ¡Nada de fogosidades!, pensaría la comunidad tradicional de Jerusalén. Estando en Antioquía, años más tarde, vemos hoy, que Bernabé se acuerda de Saulo y va en su busca. Todos se habían olvidado de él excepto su amigo. ¿Qué hubiera sido de la Iglesia, de su misión, si Bernabé no hubiera ido por Saulo a Tarso? Nunca lo sabremos. El caso es que gracias a Bernabé la Iglesia se lanzó al “mundo exterior” y hasta podríamos decir que gracias a Bernabé estamos aquí.

Pasando al evangelio, nos encontramos que Jesús dice: «***ustedes son la sal de la tierra***». Han de saber que «*la sal*», además de conservar los alimentos tenía una función muy especial con relación a los pactos de alianza. Precisamente por eso, porque la sal aseguraba la incorruptibilidad, se usaba en los pactos como símbolo de su firmeza y permanencia. En particular, todo sacrificio a Yahvé debía ser salado, como señal de la permanencia de la alianza. Por tanto la sal tenía esta función en las alianzas: connotarlas de fidelidad, de permanencia, de constancia en la entrega del sacrificio. Por otro lado, «*la tierra*» está por la humanidad que la habita. Entonces, «***ustedes son la sal de la tierra***».

Según este dicho de Jesús, ***los discípulos son la sal que asegura la alianza de Dios con la humanidad***. Si la sal pierde su sabor, es decir, si dejamos de ser lo que estamos llamados a ser, con nada se puede recuperar el sabor; si los que nos llamamos discípulos de Jesús, y tenemos delante su ejemplo, no le somos fieles, no hay dónde buscar remedio. Seremos discípulos inútiles en las manos del alfarero. En realidad, la expresión que utiliza Mateo para la sal que pierde su virtud no quiere decir exactamente «*insípida*», sino más bien, «*volverse necio*». Es decir, que el discípulo que no es sal es un sinsentido.

«*Ustedes son la luz del mundo*». «*La luz*» es la gloria o esplendor de Dios mismo, que, según los libros proféticos, había de refulgir y brillar sobre Jerusalén. Y esto se aplicaba también a Israel: debía ser el reflejo de la luz de Dios; también a la Ley, y al templo y hasta la misma ciudad de Jerusalén: debían ser siempre reflejo de la presencia de Dios en ellos.

³ 1Pe 4,14-16